

PIERRE AUBENQUE: *Le problème de l'être chez Aristote. Essai sur la problématique aristotélicienne.* Presses Universitaires de France, Paris, 1962, 552 págs.

Dos circunstancias convergen para hacer sumamente interesante la lectura de este libro: por una parte, la tradición de la investigación francesa —en temas similares al presente— de hacer una tarea viviente, partiendo siempre de la meditación filosófica perenne para llegar a una verdadera *interpretación* de la historia de la filosofía. Muy lejos siempre de la filología pura y de toda erudición superflua. Por otra parte, influye también para el mayor interés del libro, la profunda revisión a que se halla sometido, tras los trabajos de Jaeger y su escuela, el pensamiento aristotélico, especialmente en sus fundamentos metafísicos. Los nombres de Merlan, Owens, Mansion, Tugendhat, Düring y entre nosotros Cencillo (entre otros muchos) bastan para hacernos recordar la amplitud y profundidad del debate.

El libro que recensamos contribuye a la discusión en forma a nuestro parecer muy eficaz y nueva. Junto con otro libro sobre el tema de la prudencia en el pensamiento aristotélico, aparecido casi simultáneamente (P. Aubenque, *La prudence chez Aristote*, PUF, 1963) y que busca ser un poco el complemento del presente sobre el plano de la antropología, intenta nada menos que liberar al pensamiento aristotélico original de cuanto la tradición sistematizante le ha añadido.

Prescindiendo del acierto de su documentación, completa y siempre funcional, destacaremos en primer lugar la ambición del estudio. No quiere ser un estudio de “exposición interpretativa”, que explique el desarrollo del sistema, total o parcial, a partir de algunas ideas centrales (método por cierto que ha dado obras excelentes, como las de Bröcker y Tugendhat); sino que busca una *crítica interior* del pensamiento de Aristóteles, que parta de sus raíces últimas y muestre la necesidad de sus logros y de sus deficiencias. Una crítica, pues, de Aristóteles, en cierto modo por él mismo. No hace falta destacar el riesgo, pero al mismo tiempo también la valiosidad posible de tal empresa, cuando, como en este caso, es realizada con gran seriedad filológica. De esta finalidad propuesta arranca su fundamental postulado metodológico de atender a los problemas más que a las doctrinas y a la sistematización. Postulado muy importante especialmente en Aristóteles, donde siempre resulta difícil distinguir lo que es una verdadera solución de lo que no es sino una aporía disfrazada bajo una terminología abstracta.

Aubenque quiere mostrar que la metafísica de Aristóteles (como ciencia del ser en cuanto ser) no pasa jamás del estadio de la problemática al del sistema; pero que este inacabamiento no es algo accidental, debido a deficiencias del filósofo, por ejemplo, sino algo esencial al mismo pensamiento metafísico. El estudio histórico se hace, sin dejar de serlo y precisamente por ello, verdaderamente filosófico.

Veamos muy brevemente los pasos principales.

Por diversos caminos se puede indicar cómo la ciencia del ser se revela siempre, finalmente, como inencontrable. Ya la misma visión aristotélica de la historia del pensamiento pasa de una concepción progresista y optimista a una concepción de la historia del pensamiento como diálogo, en el que las opiniones contrarias pueden ser indefinidamente reasumidas.

Pero ello aparece más claro aún si consideramos el lenguaje humano, que es, naturalmente, el único pensamiento posible sobre el ser. La teoría de la unidad de la *significación* hace posible un lenguaje sobre las cosas, una comunicación entre los hombres: no se suprime la *distancia* de la palabra al objeto, pero se delimita gracias a la *unicidad* de la significación. El lenguaje científico, expresado en proposiciones atributivas, es posible porque respeta esta univocidad: es decir, una ciencia sólo es posible como marcha del género a la especie y viceversa, único espacio donde es posible la verdadera atribución. Ahora bien, la metafísica, al investigar el "ser en cuanto ser" pretende superar estos límites, que son los del lenguaje mismo (o si preferimos, más vagamente, los del pensamiento mismo): puesto que el ser en cuanto tal se halla más allá de todo género. Es necesario concluir que la metafísica no es una verdadera ciencia.

Esto no implica, naturalmente, que se trate de una pura "kenología". Una investigación de los primeros principios, como es la metafísica, es absolutamente necesaria (aunque sea imposible como ciencia). Le queda abierto un camino, el de la dialéctica. Para Aristóteles, en efecto, la dialéctica no es mera retórica, desecho de convencer; le corresponde una universalidad no propiamente científica, pero que es el único substitutivo de la ciencia imposible. La intención del metafísico va siempre más allá de la misma dialéctica en cuanto método, hacia el conocimiento siempre indefinido de la totalidad.

Esta metafísica dialéctica guarda relaciones definidas con las ciencias que podríamos designar como "ontologías regionales": la teología y la física.

Frente a las concepciones armonistas, defiende Aubenque que Aristóteles no ha confundido la teología con la metafísica (como ciencia del ser en general). La teología es la ciencia de *un* ser, del ser necesario e inmóvil, y tiene su propia e independiente problemática. Frente a la metafísica que intenta, inútilmente, desarrollar científicamente una concepción *horizontal* del cosmos, la teología representa una concepción *vertical*. Es cierto que se trata de una ciencia que, al mismo tiempo que es la única absoluta —pues tiene por objeto lo necesario—, es en cierto modo inútil, por la separación que existe entre lo supramundano y lo mundano. Pero conserva al menos frente a la metafísica la función de directriz, de ideal científico.

Por otra parte, la física, como teoría del movimiento (no del *ser* en movimiento), representa la única ontología *científica* posible. El movimiento, en efecto, no es algo accidental al ser y que se explique por él. Justamente al contrario: lo que en plano científico podemos saber del ser no es sino análisis del movimiento. Aun que muestra que las divisiones de potencia y acto, materia y forma no son sino un análisis de los aspectos diversos del movimiento. Es pues posible una física científica, pero a condición de no estudiar el ser, sino el movimiento.

Una ontología que no sea ciencia de lo necesario, ni del puro movimiento, sino que aspire a ser ciencia del ser mundano, esto es, del ser contingente, tiene pues que ser una ciencia forzosamente aporética e incompleta.

El juicio sobre un libro tan rico y complejo como el presente es siempre problemático y muy personal. El entrelazamiento de la exposición histórica con la interpretación filosófica particular y general es tan completa que no se pueden examinar separadamente ambas cuestiones: la *justicia* del juicio sobre el sentido y los límites de la metafísica de Aristóteles, y la *justificación* filológica de tal juicio. Aun a riesgo de dar un juicio abstracto, separaremos sin embargo tentativamente ambos aspectos.

Con respecto al juicio de valor, parece que Aun que ha abordado a propósito de la metafísica de Aristóteles (pero no tomándola como mero ejemplo, sino realizando lo universal en lo particular) un punto sumamente importante: los límites que el pensamiento humano, como "logos", soporta en su intento de llegar a la totalidad. Un pensamiento sobre la totalidad del ser, a nuestro juicio, no puede ser sino dialéctico, siempre en marcha indefinida, aunque no necesariamente sin dirección alguna. Es éste un punto, naturalmente, que desde el punto de vista filosófico puede ser discutible, pero que sin duda será aceptado por pensadores de muchas tendencias.

Sobre la justificación filológica, la cuestión es desde luego más técnica, y nuestro juicio no puede tener más valor que el personal. Aunque es posible dudar de algunas de las interpretaciones concretas del autor (por ejemplo, la discusión sobre la palabra "metafísica" en págs. 29 ss.), sin negar por ello su posibilidad, creo que en general su argumentación es válida y resistente, y logra mostrar que todo este aspecto, aporético e irresoluble, existe ciertamente en el pensamiento de Aristóteles y que, muy probablemente, es su aspecto más profundo. El que crea en una substancial continuidad de la problemática filosófica no se maravillará de la "modernidad" de Aristóteles así interpretado, sino que verá en ello una confirmación de la perennidad de la filosofía.

JOSÉ MONTOYA SÁENZ